Azul de medianoche

NEFELIBATA

Simone van der Vlugt

Azul de medianoche

Traducción de Catalina Ginard Féron

Duomo ediciones
Barcelona, 2017

Título original: *Nachtblauw*

© 2016, Simone van der Vlugt
© 2016, de la traducción: Catalina Ginard Féron

Esta traducción ha contado con el apoyo
de la Nederlands Letterenfonds

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

© 2017, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2017
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-38-5
Código IBIC: FA
DL B 2105-2017

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, *la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

1

De Rijp, marzo de 1654

Ha pasado ya una semana desde el funeral y yo sigo sintiendo sobre todo alivio. Sé que no tiene justificación, que debería estar de duelo, pero eso es imposible.

Estoy de pie con los brazos cruzados junto al postigo abierto de la puerta y recorro con la vista los prados y campos que rodean la granja; sin embargo, lo que observo no está fuera sino dentro de mí.

Nunca debería haber ido tan lejos. Ahora que todo ha acabado, no logro comprender qué me sucedió aquella noche de hace un año. Durante mucho tiempo consideré a Govert como uno más del pueblo, no era un hombre al que yo prestara especial atención. En realidad no pensaba nunca en él. No es que no fuera atractivo, pues en cierta manera sí lo era. Sin embargo, no me di cuenta de ello hasta que un día, durante la fiesta del pueblo, me sacó a bailar y me apretó contra sí. Yo había bebido, por supuesto que había bebido, pero no tanto como para no ser consciente de su cuerpo cerca del mío, de su respiración pesada y de la delicadeza con la que me sujetaba entre sus musculosos brazos.

Con cada vuelta, nuestras caderas se rozaban y él me apretaba más contra sí, mientras nos movíamos bailando entre las demás parejas. Era una sensación excitante. Entonces me di cuenta de que él estaba enamorado de mí, y comprendí que aquella forma molesta y persistente de mirarme con el ceño profundamente fruncido cada vez que nos cruzábamos no era una expresión de disgusto, sino de deseo.

¿Es posible que me sintiera adulada por la atención que me dispensaba? ¿Acaso temía quedarme para vestir santos después de haber rechazado a demasiados pretendientes en la esperanza de encontrar algo mejor? ¿O puede que en aquel momento estuviera también enamorada?

Cuando me tomó firmemente de la mano y me condujo fuera, hasta un lugar tranquilo de una huerta, no protesté.

Govert se alegró cuando le conté que estaba embarazada: estaba dispuesto a casarse conmigo y crear una familia. Siendo como era un viudo en torno a los cuarenta años, con una posición desahogada, no era un mal partido, aunque tampoco era lo que yo me había imaginado.

Sin embargo, no me quedaban muchas opciones. Un solo momento de ofuscación durante la feria, un instante de locura por llamarlo de algún modo, había bastado para determinar mi futuro. En ese instante se esfumó la posibilidad de abandonar el pueblo y empezar una nueva vida, se esfumaron mis sueños.

Lo peor de todo era que me preguntaba una y otra vez qué había visto yo en él aquella noche. Fuera lo que fuera, a la mañana siguiente había desaparecido.

Nos casamos un mes después, y seis semanas más tarde mi embarazo acabó en un parto prematuro. El bebé, un varón, nació muerto. De eso hace ya un año.

Ahora, Govert también yace bajo la tierra fría y oscura. El único espejo de la casa cuelga de cara a la pared y los postigos llevan varias semanas cerrados. Hoy los vuelvo a abrir. Cuando la luz matutina inunda la estancia, me invade una sensación placentera. El salón, que durante días ha estado repleto de visitas, se halla envuelto en un extraño silencio. He vivido en De Rijp toda la vida, y es reconfortante contar con el apoyo de la familia, los vecinos y los amigos. Los únicos que no han venido son los miembros de mi familia política. Seguramente les cueste aceptar que yo haya heredado todas las posesiones de Govert después de tan solo un año de matrimonio. Es comprensible, pero no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Dios sabe que me he ganado esa herencia.

Desplazo la mirada por la sala, desde la mesa redonda que está junto a la ventana hasta la chimenea y los muebles que yo misma pinté. El sol ilumina las baldosas del suelo y con su luz aporta algo de calor. No mucho, pues estamos tan solo a principios de marzo. El humo se eleva hacia las vigas de las que cuelgan embutidos y trozos de tocino, para llegar hasta el desván, donde aún queda gran parte de las provisiones para el invierno.

Se me hace extraño tener la casa para mí sola. Sin embargo, no dispongo de mucho tiempo para pararme a pensar en ello. Hay trabajo por hacer, y ahora que Govert ya no está, hay más faena que de costumbre.

Aunque tengo una sirvienta y un criado, me encargo de muchas de las labores. Todos los días de la semana repito la mis-

ma rutina: ordeño las vacas, alimento a los cerdos y a las gallinas, trabajo en el huerto, bato la mantequilla y preparo queso. Aprovecho el tiempo que me queda para lavar y remendar la ropa, para hilar y tejer, y, muy de vez en cuando, para pintar.

En algunas ocasiones, cuando miro la superficie reflectante de un caldero de cobre, me parece estar viendo a mi madre: el cabello trenzado, recogido debajo de una cofia blanca. Siempre atareada, siempre cansada. Tengo veinticinco años, pero me siento igual de vieja que ella.

«Aguanta un poco más», pienso mientras me dirijo al establo para cuidar de los animales. El periodo de duelo dura tan solo seis semanas, no es tanto.

Jacob, el criado, ya ha empezado a ordeñar. Me saluda alzando levemente la barbilla. Le respondo con un gesto de asentimiento.

–Es posible que Abraham Groen me dé trabajo –dice cuando me siento en el taburete.

–Eso está bien.

–La única que aún no ha encontrado otro empleo es Jannetge.

–Ya le saldrá algo. Si no es aquí, será en Graft.

Seguimos trabajando en silencio durante un rato. Muevo las manos con rapidez mientras un chorro de leche va llenando el cubo.

–¿Cuándo os marcháis? –pregunta Jacob.

–En cuanto lo haya vendido todo. La subasta será la semana que viene.

Jacob asiente.

–Jannetge quiere compraros la mantequera para poder hacer su propia mantequilla.

–No va a poder ser. Se la he prometido a mi madre.

–¡Qué lástima!

Jacob saca el cubo lleno de debajo de la vaca y se levanta. Por la forma en que se queda parado tengo la sensación de que quiere decirme algo y lo interrogo con la mirada.

–Quería deciros una cosa acerca del patrón...

–¿Sí?

–Su hermano va pregonando ciertas cosas.

Dejo de ordeñar.

–¿Qué cosas?

Jacob titubea.

–¿Qué pasa, Jacob? –Mi voz suena impaciente, demasiado dura.

–Creo que ya lo sabéis –me contesta él, y se aleja sin decir nada más.

Ayer hice cuajada con el suero de leche. Hoy, al mediodía, unto la pasta ligeramente ácida que ha sobrado sobre un trozo de pan de centeno. Jacob y Jannetge también están sentados conmigo a la mesa. Apenas hablamos, pues los tres estamos sumidos en nuestros propios pensamientos.

Después de la comida, dejo que ellos se encarguen del trabajo. Me calzo unos grandes zuecos encima de las zapatillas y voy caminando hasta el dique que lleva a De Rijp. La granja se encuentra junto al canal que rodea el pólder de Beemster, en medio de una llanura cenagosa. Para llegar a la granja de mis padres, tengo que ir hasta el otro extremo del pueblo, y el camino más corto es cruzándolo. Avanzo bordeando el canal Oosteinde hasta la calle Rechtestraat, donde las míseras viviendas dan paso a grandes casas con fachadas pintadas

de verde o de rojo. Más cerca del centro del pueblo hay algunas casas de ladrillo con hastial escalonado que parecen colocadas allí por error.

Por el camino, saludo a los conocidos con los que me cruzo. Ellos me devuelven el saludo con vacilación. ¿Me están evitando? ¿Me miran de reojo?

Cuando llego a la calle Kleine Dam, donde reina una actividad febril junto al edificio de la balanza pública, no puedo seguir negando la evidencia: la gente me lanza miradas llenas de curiosidad y murmura a mis espaldas. Algunas personas se acercan a mí, me preguntan cómo estoy y si es cierto que voy a marcharme.

La gente de aquí está orgullosa del pueblo en el que su familia ha vivido durante generaciones. Para ellos, irse de aquí es algo inconcebible, casi equiparable a una traición. Pero de todas formas, los pueblerinos siempre me han considerado un bicho raro, así que mis planes no deberían asombrarlos.

–¿Te vas a desprender de aquella cómoda tan bonita que pintaste? –me pregunta Sybrigh, la chamarilera, mirándome con sumo interés–. Porque en tal caso yo estaría interesada en comprártela.

–La subasta será la semana que viene –le contesto, y esbozando una sonrisa de disculpa sigo mi camino.

Doblo la esquina y, después de recorrer la estrecha Kerkstraat, salgo del pueblo. A lo lejos distingo la granja de mis padres. Me meto en una senda llena de fango y aprieto el paso.

–Mart acaba de pasar por aquí –me dice mi madre sin dejar de limpiar las lecheras debajo del chorro de agua. La dura luz invernal confiere un aspecto demacrado a su rostro, y

cuando se endereza, veo que se lleva las manos a la espalda–. Según él, tenía algo que decirte, pero gritaba tanto que lo he echado.

Cojo la lechera y la pongo debajo del surtidor.

–Se ha enterado de que te vas. Estaba furioso, Catrijn.

–¿Por qué? Eso es asunto mío, ¿no?

–Sí, pero te vas precisamente ahora, tan pronto después del funeral. A mucha gente le parece raro. ¿Para qué quieres irte a Alkmaar? Aquí tienes una granja, ganado, ahora todo es tuyo. Y hay suficientes hombres dispuestos a casarse contigo. Por ejemplo Gerrit. Si unierais vuestras posesiones, seríais ricos.

–Me marcho a la ciudad.

–Para trabajar de ama de llaves. Cuando aquí eres totalmente libre.

Exhalo un suspiro.

–Hemos tenido esta conversación muchas veces, madre. No tengo intención de ser ama de llaves hasta el final de mis días. Quiero ahorrar, volver a casarme y empezar una nueva vida.

–Sí, siempre has querido eso. De pequeña te gustaba acompañarnos cuando teníamos que llevar el queso al mercado. Nunca comprendí por qué, puesto que tus hermanos no eran así. Cuatro horas en una gabarra para luego pasar un ratito en la ciudad. Y a la vuelta otras cuatro horas de viaje.

–Y yo llorando porque no quería volver.

Nos miramos y sonreímos.

–Bueno, tú haz lo que quieras. Ya eres mayorcita, no puedo retenerte –dice mi madre tras una breve pausa–. Es solo que...

Mientras guardamos silencio escruto su cara.

–¿Qué pasa?

–Circulan rumores.

–En el pueblo siempre circulan rumores, por eso quiero irme. Estoy más que harta de tanto chismorreo y tanta intromisión.

Una expresión de resignación aparece en el rostro de mi madre.

–Te echaré de menos –dice–. Pero quizá sea realmente mejor que te vayas.

2

Una semana más tarde todo está vendido. Govert y yo arrendábamos la granja y las tierras, pero el ganado y los enseres eran nuestros. Durante la subasta, que tiene lugar en el granero de la granja, veo mis posesiones pasar a manos ajenas. Las ganancias superan los cien florines, no está mal. Eso me permitirá salir adelante durante un tiempo y puede que incluso me baste para establecerme por mi cuenta. Por ejemplo, podría dedicarme a pintar cerámica. Es un sueño que siempre he tenido. De niña, embellecía los muebles con adornos pintados con zumo de remolacha. Más tarde, cuando empecé a recibir encargos de granjeros ricos y de notables del pueblo para que decorara cómodas o braseros, sustituí el zumo por pigmentos de verdad.

–Me recuerda el tipo de pintura que hacen en Hindeloopen –me dijo en una ocasión Cornelis Vinck, el notario–. Tienes talento, Trijn. Tendrías que intentar vender alguna de tus obras en la ciudad.

–No puedo hacerlo, señor. No soy miembro del gremio –le contesté.

–Durante la feria anual se concede permiso a los de fuera de la ciudad para que comercien con lo que quieran. Siempre y cuando no abran un negocio.

En mi escaso tiempo libre empecé a pintar platos y taburetes que, en efecto, vendía fácilmente en la feria anual.

A partir de aquel momento creció mi deseo de vivir en la ciudad.

Solo conozco a unos pocos vecinos que hayan abandonado De Rijp, y son muchachos que se enrolaron en buques de la VOC, la Compañía de las Indias Orientales, o que optaron por convertirse en balleneros. En el pueblo vecino de Graft vivía una joven que encontró un empleo de criada en Alkmaar, y eso me pareció una buena idea. Claro está que la vida de una sirvienta era dura, pero al menos ya no tendría que vivir entre el barro y los juncos. En la ciudad suceden cosas apasionantes, es un lugar rebosante de vida, lleno de distracciones y diversión: allí quiero estar yo. Melis y Brecht, un matrimonio amigo que vive en Alkmaar, me contaron que en la ciudad había un hombre rico que necesitaba un ama de llaves. Hace poco aproveché que tenía que ir al mercado de queso para acercarme a la calle a orillas del canal Oudegracht y ofrecer mis servicios. Para mi sorpresa y consiguiente alegría, me contrataron de inmediato.

Recorro con la mirada el granero, donde la luz matutina ilumina el suelo de tierra. Mis pertenencias, que antes estaban almacenadas aquí, ya están en manos de sus nuevos propietarios. Lo único que me queda son unas cuantas joyas y prendas de vestir.

Fuera, en el patio, mis padres y mis hermanos me esperan envueltos en la niebla matinal. Soy la única hija que les queda, por eso siempre he podido contar con su atención y

protección, y por las caras de los chicos adivino que no les gusta en absoluto que me vaya. Entre Dirk, mi hermano mayor, y Lau, el pequeño, hay un agujero de muchos años, provocado por varios abortos y la muerte prematura de algunos hermanos y hermanas. Quizá sea ese el motivo de que me sienta más unida a Lau, porque nosotros tuvimos que compensar esas pérdidas.

La despedida es breve. Les doy a todos un abrazo, el más largo es para mis padres. Lau tiene que ir por negocios a Alkmaar y me acompañará. La idea me reconforta porque llevo mucho dinero encima.

–Seguro que nos veremos pronto –dice mi padre–. La semana que viene tengo que ir a Alkmaar con un cargamento.

–Hasta entonces, papá. Sabes dónde encontrarme.

Otro beso, otro abrazo y nos marchamos. Lau coge el fardo con mis cosas, se lo pone bajo el brazo y subimos por el Dique del Oeste, que lleva al puerto. Vuelvo la vista atrás unas cuantas veces y me despido con la mano de mi familia. Son muchas las sensaciones que experimento, pero ninguna de ellas es arrepentimiento.

El viaje a Alkmaar es largo. Sentados entre la carga, muy juntos para mantener el calor, mi hermano y yo vemos desfilar el paisaje del pólder. La gabarra con su pesada carga no navega rápido, pero estoy acostumbrada a su ritmo. He realizado esta travesía a menudo, conozco cada meandro del canal, cada aldea por la que pasamos. En algunos tramos casi no hay viento y apenas avanzamos, por lo que el gabarrero se ve obligado a utilizar su pértiga. Apoya todo

su peso en la vara, la hunde en el lecho cenagoso y de este modo impulsa la embarcación hacia delante.

Estoy sentada junto a Lau, me reclino en él y, mientras el barco se desliza, yo le señalo las cosas que me llaman la atención en el paisaje. Él apenas reacciona.

–Ya no volverás, ¿verdad? –dice de pronto Lau, justo cuanto estoy a punto de renunciar a mis esfuerzos por iniciar una conversación.

–Claro que sí. De vez en cuando.

–Yo que tú no me quedaría en Alkmaar. Mart está poniendo a todo el pueblo en tu contra.

–¿Y ellos creen lo que les cuenta?

–No lo sé. –Permanece unos instantes en silencio y luego añade–: También podrías ir a Haarlem o a Ámsterdam.

Ahora soy yo la que no dice nada.

–¿Tan lejos? –le pregunto por fin.

–Tampoco está tan lejos. Lo que quiero decir, Trijn, es que no tienes que quedarte por nosotros. Si otra ciudad es... mejor para ti, tienes que ir allí. Sabemos que lo que dicen de ti es absurdo, pero no todo el mundo está tan convencido.

–Tendría que haber mantenido el duelo durante más tiempo, tendría que haber llorado más su muerte –le digo. Alzo la vista y miro a mi hermano–. ¿Será pecado alegrarse de la muerte de alguien?

Lau me rodea con el brazo y me aprieta contra sí.

–No –dice–. En este caso me parece solo humano.

Navegamos por el lago Alkmaar y luego dejamos atrás Akersloot. Algunos rayos de sol perforan y disuelven la niebla gris, y nos traen un poco de calor. Un fuerte viento hin-

cha las velas e impulsa la barcaza, que se abre paso a través de las olas. En la lejanía se vislumbran las torres y las murallas de Alkmaar. Y también el patíbulo.

Siento un escalofrío al ver las siniestras estacas, de las que cuelgan varios cuerpos que se balancean. Rápidamente aparto la vista y me concentro en el ajetreo de embarcaciones cerca de la Torre de los Impuestos, donde se declaran las mercancías que entran en la ciudad.

El ancho río Zeglis se extiende ante nosotros con sus aguas que resplandecen al sol. En ambas orillas, muchas personas se dirigen a pie a la ciudad, y entre ellas veo a un hombre que lleva unos cuantos cerdos. Unos carros van dando tumbos debido a los baches y un mendigo salta justo a tiempo para no ser arrollado.

La embarcación echa las amarras delante de las murallas de la ciudad. Lau y yo nos levantamos y pagamos al barquero. Poco después cruzamos el estrecho puente de madera que lleva a la Puerta del Árbol. En la Torre de los Impuestos nos despedimos: Lau tiene que reunirse con alguien en un mesón del Muelle de la Cerveza.

Me mira titubeante, como si quisiera decir algo pero no lograra encontrar las palabras adecuadas.

–Bueno, hermanita, mucha suerte. Cuando vuelva a la ciudad vendré a verte –me dice abrazándome–. Y piensa en lo que te he dicho.

Le doy un beso en la mejilla y cojo el fardo de ropa que me tiende; luego nos miramos unos instantes a los ojos, sonreímos y nos separamos. Cuando me vuelvo, veo que mi hermano sigue mirándome. Me despido de él con la mano y tuerzo a la derecha.

Todavía algo entumecida después de tantas horas sentada, camino a lo largo del canal Verdronkenoord, apretando el fardo contra mí. El canal está lleno de chalanas y barcazas en las que los marinos cargan y descargan mercancías.

Avanzo sin titubear por calles que conozco bien hasta llegar al otro lado de la ciudad, donde la torre de la Iglesia Grande descuella sobre los tejados. Entro en el templo por el portal de la Koorstraat, me dirijo hacia el altar atravesando la imponente nave de grandes columnas y hermosas vidrieras, tomo asiento en el primer banco y cierro los ojos. Me quedo así durante un rato, escuchando el sonido de mi respiración y los latidos irregulares de mi corazón.

Cuando por fin he recobrado la serenidad, abro los ojos. El silencio que reina entre las paredes y los arcos blancos tiene un efecto calmante.

Junto las manos. Mis plegarias son las mismas que en la iglesia de mi pueblo, pero aquí parecen distintas. Es como si aquí, debajo de las enormes bóvedas de piedra, se me oyera mejor. No sé si mis súplicas habrán servido de algo, pues aún no siento alivio. Abandono la iglesia con la cabeza gacha. Una vez fuera, la luz del sol me hace parpadear y me detengo, aturdida durante unos instantes, antes de volver a sumergirme en el ajetreo de la ciudad.

Cerca de la Iglesia Grande se encuentra la posada y tasca Los Trece Puntales, que regentan unos amigos míos. Brecht y su marido Melis tienen un buen negocio, puesto que su posada es la primera que ven los viajeros cuando entran en la ciudad por la Puerta de los Espíritus. Se trata de un imponente edificio con hastial escalonado y un letrero de hierro fundido que se balancea alegremente al viento.

Al abrir la puerta, siento que tengo las manos frías, casi entumecidas, y respiro aliviada cuando el calor viene a mi encuentro. El pequeño bar está lleno a rebosar. Me abro paso con dificultad entre los clientes que están de pie y sentados, hasta llegar a la barra. Allí veo a Melis sirviendo cerveza, mientras Brecht se aleja con dos jarras de espumosa cerveza en las manos.

–¡Melis! –grito inclinándome sobre la barra.

–¡Hola, Trijn! ¡Qué alegría verte! Ahora hay mucho jaleo, pero hablamos enseguida, ¿de acuerdo? –exclama él.

Yo asiento y me vuelvo cuando noto una mano en el hombro. Es Brecht. Sus rizos oscuros se le han escapado de debajo de la cofia y le cuelgan alrededor de la cara. Me estampa un beso en la mejilla.

–¡Ya estás aquí! –me dice–. ¿Quieres comer algo?

–Me encantaría.

Brecht desaparece en la cocina y regresa al cabo de un rato con una sopa sustanciosa y un pedazo de pan. Después de buscar un poco, encuentro un sitio donde sentarme. Cuando he acabado de comer, el ambiente en la posada es más tranquilo y Brecht viene a sentarse conmigo y me pregunta cómo ha sido el viaje.

–Largo y frío. Me acompañaba Lau –le contesto–. ¿Podría quedarme a dormir aquí esta noche? No empiezo a trabajar hasta mañana.

El rostro de Brecht se ensombrece.

–¿Qué pasa? ¿Está todo lleno? No importa, iré a buscar otra posada, como La Cabeza de Moro –le digo.

–Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, pero tengo malas noticias. Wollebrant Nordingen, el hombre

para el que ibas a trabajar, falleció hace dos días. Enfermó de repente, tenía un problema de pulmones. Ya era mayor, pero aun así su muerte llegó de forma inesperada.

Por un momento me quedo sin habla. Son, en efecto, malas noticias. No solamente para el señor Nordingen, que parecía un buen hombre, sino también para mí.

–¿Qué voy a hacer ahora? He vendido todas mis cosas, he rescindido el contrato de arrendamiento.

–Entonces compra o alquila aquí una casa y ponte a buscar otro empleo.

–No me quedará más remedio. En cualquier caso no pienso volver.

–Te ayudaremos –dice Brecht–. Mientras no tengas una vivienda, puedes quedarte aquí y nosotros iremos preguntando por si alguien sabe de algún trabajo. Una posada es el lugar idóneo para eso.

Me tranquiliza saber que no estoy sola, pero tardo un poco en aceptar que las cosas no han ido como esperaba. Por fortuna, tengo suficiente dinero para salir adelante durante un tiempo.

Melis se acerca y me pone la mano en el hombro.

–Seguro que encuentras algo –me dice–. En Alkmaar hay suficiente trabajo.